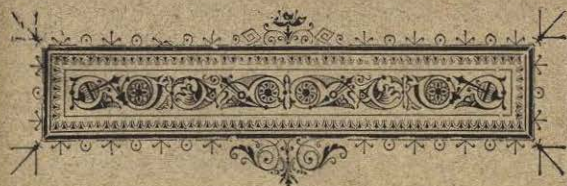


¡Qué sublime es su fe!—le dijo á Cinna.—  
 ¡Ah! si fuese verdad! Mas digo, Cayo,  
 ¿Como puede saberlo el Nazareno?  
 —Varias veces él mismo lo ha explicado:  
 Lo sabe por el Padre de los hombres  
 El Dios de los hebreos; lo comparo  
 Á Júpiter el nuestro; pero agrega  
 Que es el único eterno y bueno y sabio.  
 —¡Ah, si fuese verdad!—repitió Antea.  
 Cinna quísole al punto decir algo,  
 Pero calló en seguida; mientras, Poncio  
 Estaba reflexivo, meditando  
 Sus juicios sobre todas las doctrinas  
 Del triste Nazareno, y á intervalos  
 Levantaba los hombros, sacudiendo  
 La cabeza, moviendo las dos manos,  
 Como asintiendo á solas á sí mismo;  
 Después, para marchar, avanzó un paso.  
 Antea se alzó y dijo de repente:  
 —Yo quiero ver al Nazareno, Cayo.  
 —Pues daos prisa—respondióle Poncio,—  
 Que ya están el cortejo organizando  
 Que ha de llevarlo hasta la cruz; marchemos.  
 —Yo quiero ver al Nazareno.  
 —Vamos.



## VII

## Alboradas de fe.

**E**L sol, radiante y fúlgido en la aurora,  
 Llegó al cenit opaco y macilento;  
 De las nubes oscuras y rojizas,  
 Auras de tempestad subían corriendo,  
 Y por el Occidente, algunas franjas  
 Del cielo azul, allá, lejos, muy lejos,  
 Resplandecían bajo la luz dorada  
 Del sol; pero las nubes, ascendiendo,  
 De un negrísimo manto impenetrable  
 El espacio después habían cubierto.  
 Sobre Jerusalén el cielo estaba  
 Diáfano, limpio, refulgente y terso,  
 Y ni el más leve suspirar del aire  
 Levantaba la arena de su suelo.

Algunos grupos de curiosos iban  
 Á la triste cabeza del cortejo  
 Que esperaba en el Gólgota impaciente  
 Ver realizarse el trágico suceso.

El sol iluminaba la llanura  
 Árida y pedregosa, y aun más tétricos  
 Aparecían los montes y collados,  
 Entre la densa niebla medio envueltos.

Más abajo, entre el Gólgota y los muros  
 De la ciudad, había un campo desierto  
 Sembrado de pedruscos y de rocas,  
 De esmirriadas higueras triste asiento,  
 Y andando más, pasados ya los muros,  
 Los extendidos y uniformes techos,  
 Nidos de golondrinas semejaban,  
 Como los dejan ellas en invierno,  
 Y allá, al fin, los sepulcros blanqueados  
 Del solitario y triste cementerio.

Al acercarse las pascuales fiestas  
 Era la afluencia tal de forasteros,  
 Que al fin de dar á todos un albergue,  
 Se alzaban, semejando un campamento,  
 Millares de barracas que ofrecían  
 El más extraño y desusado aspecto.

El sol enviaba sus ardientes rayos,  
 Con resplandores tristes y siniestros,  
 Sobre las masas grises de las rocas,  
 Y un murmullo lejano y lastimero  
 De obscuras, sordas y dolientes voces,  
 De la ciudad se levantaba, siendo  
 Semejante al susurro de las olas  
 De un mar que azota furibundo el viento.  
 Los grupos de curiosos esperaban  
 En el Gólgota el fúnebre cortejo;  
 Otros subían por la agreste falda,  
 Y claramente se veía entre ellos  
 La gran silla de manos en que Antea,  
 Cómodamente reclinado el cuerpo,  
 Por escolta llevaba una centuria,  
 Que en caso necesario, contra el pueblo  
 La protegiera; con desdén mirando  
 Á la chusma de ignaros forasteros.

Iban detrás de la litera Cinna  
 Y el centurión Ruffillo, departiendo  
 Sobre las tristes cosas de aquel día,  
 De tan profundas sensaciones lleno.

Antea se encontraba más tranquila  
 Sin el terror insano á los espectros,  
 Pensando en lo que Poncio le dijera

Sobre el extraño y triste Nazareno.  
Arrebatada en éxtasis dulcísimo  
Sintióse al fin, pero hasta tal extremo,  
Que una nueva idea venció en ella  
Los más negros y horribles pensamientos.

Notó que en su interior surgía algo extraño  
Y se alegró, la causa no entendiendo;  
Mas era como un rayo de alborada,  
Con un amanecer claro y sereno.

Ver morir con valor á muchos seres  
No era difícil en aquellos tiempos;  
Pero ninguno, no, nadie hasta entonces,  
Al tener que lanzar su último aliento,  
Tuvo el valor de bendecir la muerte,  
De verla con olímpico desprecio,  
De sonreír tranquilo, confortado  
Por la fe en otro mundo venidero,  
Donde iba á disfrutar la eterna dicha  
Á la luz y al calor de un sol eterno.

Esto, como verdad indiscutible  
Lo proclamaba siempre el Nazareno,  
Y Antea se sentía conmovida  
Por la nueva doctrina, presintiendo  
Que pronto iba á morir y que hallaría

Otra vida sin penas y sin término,  
Para ella, morir significaba  
Dejar á Cinna y á Timón; por ellos,  
Por ellos nada más sufría al pensarlo.  
¡Ah! ¡Si la muerte le otorgara al menos,  
Llevarse de su amor y de su dicha  
Á la región ignota los recuerdos,  
Le pareciera al fin menos terrible!  
Pero nada..., el vacío más completo,  
La obscuridad, la nada; prefería  
Lo que el profeta aquel daba por cierto.

Pero ¿quién era el que esto proclamaba?  
Un hombre raro, un justo, un buen maestro,  
Que después de enseñarles á los hombres  
El amor, el más dulce sentimiento;  
La caridad, la flor de las virtudes;  
La igualdad, el nivel de todo pueblo;  
Bendecía á los que impíos le azotaban,  
Y perdonaba á sus verdugos fieros,  
Y sólo con plegarias y sonrisas  
Pagaba los insultos y desprecios.  
Y si amor y humildad sólo enseñaba,  
¿Cómo su fe, venida de los cielos,  
Podría engañar á nadie?... ¡En aquel hombre  
Se encarnaba, sin duda, un gran misterio!

—Si dice la verdad—pensaba Antea,—  
 Venga la muerte en cualesquier momento,  
 Y que bendita sea si significa  
 El fin de las miserias de este suelo;  
 Si cambia en alegría la tristeza;  
 Las tinieblas en luz, lo pasajero  
 En perdurable, y brinda eterna dicha  
 Al que sólo conoce el sufrimiento.—

Y meditaba triste: —¿Por qué entonces,  
 Al que á amar nos enseña y á ser buenos,  
 Quieren crucificarlo? Todos buscan  
 Ávidos el poder; él con desprecio  
 Lo mira; todos buscan las riquezas,  
 Y él con su gran pobreza está contento;  
 Todos quieren tener lujo, palacios  
 Y carros de marfil, nombre, dinero,  
 Y él, por el contrario, en la modestia  
 Vive, como un pastor, muy satisfecho.—

La pobre enferma vióse arrebatada  
 Por un nuevo y hermoso sentimiento,  
 Y recordó á su padre, que decía  
 Con honda convicción por mucho tiempo,  
 Que una nueva verdad salvaría el alma  
 De las tinieblas, y con firme acento  
 Dijo Antea:—¡Bien venida! ¡Bien venida

La que á la muerte y su terror venciendo,  
 Es de la salvación la portadora  
 Y le muestra al mortal un mundo nuevo.

Antea, con pasión se abandonaba  
 Á tan dulces y hermosos pensamientos,  
 Mientras Cinna, feliz, no vió aquel día  
 Que el rostro de su amada ni su aspecto  
 Revelasen temor cual otras veces  
 De contemplar los fúnebres espectros.





## VIII

### El Nazareno.

**A** la sazón, se dirigía á los muros,  
Precipitado, el fúnebre cortejo  
Que precedía, sudoroso y triste,  
Marchando hacia la cruz, el Nazareno.  
Desde lo alto del Gólgota podía  
Seguirlo Antea, en su camino extenso,  
Á lo largo de aquellas tristes calles  
Que iba lentamente recorriendo,  
La multitud hallábase apiñada  
Allá en Jerusalén, y en un momento  
Se extendió por las áridas llanuras,  
Y hacia el monte curiosa dirigiéndose,

Semejábase á un río desbordado  
Que arrasa todo lo que está á su encuentro.

Antea distinguía claramente  
Que abigarrado y vario era el cortejo;  
Uniformes azules y encarnados,  
Mantos blancos de altivos caballeros,  
Mezclábanse á las lanzas y corazas  
De los soldados del romano ejército.

Mientras más se acercaban, en el Gólgota  
El murmullo mundial iba creciendo;  
Y al llegar á posarse en la pendiente  
Destinada á las cruces por asiento,  
Todos se apresuraban á buscarse  
Buen sitio para ver el gran suceso.

Escoltaba á los reos la centuria  
De tal modo empujada por el pueblo,  
Que apenas si podía dar un paso  
Entre tan espantoso desenfreno.  
Los muchachos, en bandas bulliciosas,  
Medio desnudos, con los ojos negros,  
Las mejillas morenas, y ostentando  
Las cabezas raspadas en el centro,  
Vociferando impíos y arrojando  
Sobre los condenados cuanto objeto

Y piedras encontraban á su paso,  
Llegaron al Calvario los primeros.  
Después la muchedumbre invadió el monte,  
Y la vertiente se pobló al momento  
Por una multitud versicolora  
Que la agitaba una ansia de deseo,  
Una alegría sin nombre, por ver pronto  
En el suplicio sucumbir los reos.

Demandar compasión, piedad, ternura,  
Hubiera sido vano en tal momento;  
Sólo se oían voces estridentes,  
Gritos, chillidos y altercados necios.

Antea, aunque se hallaba acostumbrada  
De Alejandría al vasto movimiento,  
Entre aquel oceano de cabezas  
Sentíase amagada por el vértigo.

Al lado de su cómoda litera  
El centurión Ruffillo tomó puesto,  
Y le explicaba y describía todo  
Con sosegado y con tranquilo acento,

De la ciudad, como un inmenso río,  
La multitud curiosa iba saliendo,

Mirándose á distancia de la plebe  
 Á los nobles, en clámides envueltos.

Á celebrar la Pascua habían venido  
 Hacendados, pastores y labriegos,  
 Todos acompañados de mujeres  
 Arropadas en trajes pintorescos.

Los *Sanhedrin*, entre los cuales iban  
 Hanaán, de rostro pálido y enfermo;  
 Caifás con el bonete de dos puntas  
 Y cien monedas de oro sobre el pecho:  
 Detrás, con seriedad helada y grave,  
 Destacábase al fin los fariseos,  
 Que con tanto bullicio contrastaban  
 Por su solemne y reposado aspecto.

Cinna, con esa fría indiferencia  
 De una alma superior, miraba aquello,  
 Y Antea también, sintiéndose invadida  
 De temor y estupor á un mismo tiempo.

Al ver pasar delante de sus ojos  
 Seres mitad judíos, mitad griegos,  
 Recordaba las frases con que Poncio  
 Se los estuvo afable describiendo.

La multitud cercana la veía  
 Con profunda atención; llevaba impreso  
 En su rostro el estigma de la muerte,  
 Y era un tallo de flor su débil cuerpo.

Con curiosa mirada la observaban  
 Á su presencia el paso deteniendo,  
 Las gentes, á pesar de la centuria  
 Que le escoltaba con tenaz empeño.

En aquellas miradas descubría  
 Un fondo de piedad, pero al momento  
 El odio al condenado fulguraba,  
 Y Antea se entristecía, comprendiendo  
 Por que la plebe con furor pedía  
 La cruz para el Profeta, para el bueno,  
 Para el Sol de bondad, que era entre todos,  
 De la justicia y del amor, maestro.

Y hallaba más simpática y más bella  
 La figura sin par del Nazareno:  
 Él debía morir, y ella... lo mismo...  
 Y así fué poco á poco conociendo  
 Que dulces lazos fraternales unen  
 En la pena y la muerte...

—Él va al encuentro  
 De la muerte, tranquilo, sin zozobra,

Con fe en el porvenir y sonriendo...  
 Á mí me falta fe, sí; yo he venido  
 Á encenderla en la suya.—Un estruendo  
 De gritos, de protestas, de silbidos,  
 Del Gólgota salió, y oyóse luego  
 El rumor de armas y los pasos graves  
 De muchos legionarios

Al momento

La multitud se dividió en dos alas  
 Para dar paso al fúnebre cortejo.

Próximo á la litera, junto á Antea  
 Desfiló el guión que precedía á los reos,  
 Siguiéndole detrás los legionarios  
 Á pasos graves, cadenciosos, lentos.  
 Como si caminaran por sí solas,  
 Las cruces decollaban en el centro,  
 Porque los portadores, encorvados,  
 Desaparecían bajo su horrible peso.

Rendido, agonizando de fatiga,  
 No llevaba la suya el Nazareno;  
 Ordenó el Centurión que la cargara  
 Un pobre campesino cano y viejo.

Con un manto de púrpura vestido,  
 Caminaba tranquilo, en paz, sereno.

Llevando en la cabeza una corona  
 De espinas, que en la carne le habían hecho  
 Muchas heridas graves y profundas;  
 La sangre lentamente iba corriendo  
 Sobre aquellas mejillas, semejantes  
 Del blanco espino á los retoños tiernos;  
 Estaba débil, pálido, y andaba  
 Con inseguros pasos sobre el suelo.

La turba en derredor lo escarnecía,  
 Burlándole, insultándole, escupiéndolo,  
 Y él, con augusta calma, proseguía,  
 Extasiado en un alto pensamiento.

Con su espíritu siempre por encima  
 De la humana bajeza, el clamoreo  
 De la plebe escuchaba indiferente;  
 Culminando piadoso, amante, bueno,  
 Sumiso, dulce, inmensamente triste,  
 Por aquella tristeza y hondo duelo  
 Que el mundo acumulaba ante sus ojos...  
 Contestaba al insulto sonriendo...  
 Antea lo miró y exclamó al punto;  
 «Tú eres la verdad», con labios trémulos.  
 Por la irrupción violenta de la plebe  
 Detúvose de pronto aquel cortejo,  
 Y Antea pudo contemplar de cerca

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 1960. 1625 MONTERREY, MEX.



Y á todo su sabor al Nazareno:  
 La luz roja del sol se reflejaba  
 En su palido rostro; sus cabellos,  
 Formando nimbo de oro en las espinas,  
 Los agitaba sin cesar el viento;  
 Parecía su cuerpo envuelto en llamas  
 Con el manto de púrpura cubierto,  
 Y sus ojos..., sus ojos reflejaban  
 La viva luz del matinal lucero.

La plebe le cercó curiosamente,  
 Tanto, que los soldados recurrieron  
 Á sus lanzas á fin de protegerle  
 Hasta llegar de su camino el término.

No se oían los gritos, los aullidos;  
 Mil brazos se agitaban cual queriendo  
 Desbaratar al pobre sentenciado;  
 De los ojos salían llamas de fuego;  
 Para morder se abrían las mandíbulas,  
 Mil obscenas palabras profiriendo.

Y él, mirando tranquilo en torno suyo,  
 Parecía decir: «¿Qué mal he hecho?»  
 É imploraba el perdón á sus verdugos,  
 Los bellos ojos levantando al cielo.

«¡Antea, Antea!», exclamó al fin Cinna.  
 Mas ella no le oía, estaba viendo  
 La faz del Nazareno, y sus mejillas  
 Bañaba un llanto, de dolor acerbo.

Sentíase, en verdad, en tal instante  
 Renacida en el alma y en el cuerpo,  
 Y era verdad; cuando se vió vencida  
 Por la muerte, tras largos sufrimientos,  
 Y cuando más se imaginó postrada,  
 Levantó erguido su gallardo cuerpo,  
 Y deslumbrante en toda su pureza  
 Las furias desdeñó de todo el pueblo,  
 Y desafiando sus salvajes gritos,  
 Regó jacintos, cinamomo, almendros  
 Á los pies de aquel hombre; nueva vida  
 Sintió al fin en el alma y en el cuerpo...

La multitud atónita miraba  
 El homenaje noble y allí nuevo  
 Que la dama rendía al condenado  
 Con ojos de dolor y llanto llenos.

Entonces clavó en ella la mirada,  
 Toda dulzura, el triste Nazareno,  
 Y movió luego los reseco labios  
 Como aprobando su acto y bendiciéndolo.

Antea, recostada en su litera,  
 Presa de gran dulzura, sintió luego  
 Sumergirse su espíritu en los mares  
 De esperanza, de luz, de amor eterno  
 Que soñó desde niña, y convencida,  
 «Tú eres la verdad. Eres lo cierto»,  
 Dijo, mientras las lágrimas bañaban  
 Su rostro, más que nunca triste y bello.



## IX

## El suplicio.

**C**ON rabia los soldados empujaron  
 Al sentenciado aquel, delante de ellos,  
 Y apartándole así de la litera,  
 Hacia el suplicio al fin lo condujeron.

Antea, tras el muro de curiosos,  
 Su demacrado rostro podía verlo  
 Y le asombraba su actitud tranquila,  
 Su dulce faz y su mirar sereno.

El suplicio empezó.

Los dos ladrones  
 En sus dos cruces suspendidos fueron,